

bres y austeros lechos, lo que decia Tobías al espirar, al único hijo que dejaba: “Nosotros ahora es cierto que vivimos en la pobreza y los trabajos; mas poseeremos grandes bienes si tememos á Dios y permanecemos fieles en la práctica de sus santos preceptos: porque somos los hijos de los santos, y esperamos la eterna bienaventuranza, prometiida á los que perseveren en la santidad de la alianza, concluida con la descendencia de Abraham.”

CAPITULO X.

LOS ULTIMOS DIAS DEL HOMBRE RELIGIOSO.

Aquí concluye el manuscrito de Filemon. Lo que sigue lo ha añadido su hijo despues de la muerte de aquel.

“Mi padre, dice, leia y meditaba todos los dias de su vida, los sábios consejos que habia recibido de aquel varon á quien llamaba *el oráculo de su corazon*. La costumbre de penetrarse de la solidez y belleza de la religion, habia aumentado de tal suerte la sensibilidad natural de su interior, que se le veia enternecerse siempre que se recogia en oracion ó queria hablar de Dios. Yo era por lo comun, quien le acompañaba en los paseos que daba por los contornos de las aldeas; porque los médicos no le permitian que anduviese solo á causa de su quebrantada salud. Hijo mio, me dijo un dia que respirábamos juntos el aire de las selvas, yo conozco que toda la familia de casa hace un sério estudio para distraerme de la idea de mi próximo fin: mas yo debo decirte, por el tierno amor que me profesas, que su vana prudencia me aflige; y que deseo me dejen gozar tranquilamente de mi mas dulce y consolador pensamiento. ¡Ah! ¡qué desgraciado es el hombre cuando se ve reducido á la triste precision de aturdirse, por decirlo así, y desatenderse de

la inevitable necesidad de morir! ¡Y cuán glorioso es para la religion que solo en su seno sea la muerte una felicidad! La impiedad, que ha impugnado y oscurecido todas las verdades que perturban al vicio, debe bien sentir no poder negar la muerte. Si ella hubiera podido desterrar del mundo esta creencia, nada hubiera faltado á sus esfuerzos y astucias para animar todas nuestras pasiones y extinguir todos nuestros remordimientos. Sin duda no habria dejado de colocar esta verdad, como otras muchas, en la clase de las ideas supersticiosas, si el género humano no debiese morir indefectiblemente, y no se viera á los hombres descender todos los dias al sepulcro. Mas la incredulidad nada puede en un asunto en que la experiencia apoya la revelacion; y así nos abandona en el caso en que nuestra corrupcion tiene mas necesidad de que se desvanezca ó dulcifique su oprobio y su espanto. La irreligion abulta por sí sola los horrores que cubren los sepulcros de los hombres, y dobla, por decirlo así, nuestra muerte, en el hecho de quitarnos nuestras esperanzas, sin quitarnos los temores; solo el cristiano no ve su destruccion en parte alguna; él solo halla la certidumbre y la prueba de su estabilidad, hasta en el fondo de los abismos y de las tinieblas subterráneas que se tragan todas las generaciones del universo.”

“Mientras así hablaba, llegamos cerca de un valle espacioso y dilatado, en el cual se respira bajo un cielo mas claro y mas abierto, aun sin salir del vano recinto de la selva. Allí, entre dos colinas, cortadas en forma de anfiteatro y erizadas de espinos olorosos, se descubren las ruinas de un antiguo monasterio, célebre en su tiempo por la sublime virtud de los varones divinos que habitaban este desierto. De en medio de sus ruinas, esparcidas y cubiertas de un musgo blanquecino y desecado por el tiempo, se eleva en forma de bóveda una especie de basilica toda construida de huesos humanos, re-

cogidos sin duda del fondo de los antiguos sepulcros, para inspirar á los pasajeros ideas graves y saludables, y exponer á su veneracion los sagrados restos de los escogidos de Dios que vinieron á plantar la cruz de Jesucristo en este solitario valle. Leíase sobre un altar, colocado en el interior de la gruta, y compuesto tambien de huesos colocados unos sobre otros, esta inscripcion sacada de los Libros sagrados: *Exultabunt Domino ossa humiliata. Los huesos humillados y confundidos en el polvo se reanimarán y saltarán de alegría delante del Señor.* Al rededor de la bóveda se leían estas palabras, sacadas de uno de los cánticos que la Iglesia ha consagrado á la gloria de sus mártires: *Sunt hæc plena Deo pignora. Todo está aquí lleno de Dios.* Mi padre, mostrándome estos religiosos y venerables monumentos que jamas habia visto, me habló de esta suerte.

“Hijo mio, aquí es donde yo vengo á estudiar la sabiduria, y donde aprendo á morir. Siempre que me has visto salir solo, he venido á este lugar para preguntar á estos sepulcros, á estas ruinas, y á estos áridos despojos que la mano de los hombres ha querido convertir en un templo, como para disponerlos á recibir el soplo divino que los debe resucitar, y hacerlos servir en la construccion del templo de la eternidad. Mira cómo millares de árboles silvestres crecen entre esos montones de cabezas inmóviles, y cómo sus flexibles ramas se enlazan é introducen por entre las cavidades de esos huesos, calcinados con el trascurso de los siglos. Al ver esto ¿quién no creerá que la naturaleza impaciente quiere anticiparse al milagro de la resurreccion, y que se esfuerza en esparcir todo cuanto tiene de calor y de vida en cuanto encuentra frio y muerto sobre la tierra? ¡Hijo mio! no, mi alma no puede resistir al hechizo de las ideas que inspira este augusto y silencioso espectáculo. Parece que esta inmovilidad y profundo silencio que anuncian el im-

perio de la muerte, son el magestuoso presagio y la señal augusta del prodigio que va á reproducir y reanimar todos estos humanos despojos. Quanto mas contemplo estos montones de huesos y de trozos de hombres, envueltos y confundidos con la tierra, tanto mas me aumento en mi idea la multitud de los que los reptiles y los gusanos corroen en el fondo de los sepulcros. ¡Oh! ¡cuán grande es Dios, hijo mio, cuando desde lo alto de su trono incorruptible se le ve aguardar á que la corrupcion haya apurado todos sus esfuerzos por aniquilarnos, y prepararse para comunicar su vida y su eternidad á las generaciones convertidas en polvo!”

“¡Ah! este paseo, tan delicioso para el corazon de mi padre, y tan doloroso para el mio, solo precedió nueve dias á su muerte. Otras dos veces volvimos á este fúnebre lugar. Los ademanes y las miradas de mi padre, desde que llegaba delante de estas antiguas catacumbas, tenían no sé qué de grande y divino que se comunicaba á mi alma, y trasformaba en una especie de culto religioso todo el sentimiento de mi dolor y de mi ternura.”

“La última vez que visitamos esta soledad, estuvo postrado por espacio de dos horas delante de la gruta, con la inmovilidad de un grave y profundo recogimiento. Su rostro estaba inflamado, y sus ojos llenos de lágrimas. Hijo mio, me dijo al levantarse, mi alma acaba de experimentar una alegría y una dulzura que no puede compararse con nada de cuanto se llama placer y contento en la tierra, al meditar estas palabras del libro de Job: “Yo sé que vive mi Redentor, y que en el último dia “saldré del fondo de la tierra; que me hallaré revestido “de mis propios miembros, y que veré á mi Dios con estos mismos ojos con que ahora miro lo que está delante de mi. He aquí la dulce esperanza que abrigo en “mi pecho.” ¡Oh Dios mio! ¿cómo ha podido suceder que una religion, tan rica en los muchos é inestimables

dones que nos ofrece, haya podido hallar un solo enemigo de su verdad y de sus promesas?"

"Solos cinco días vivió mi padre despues de este último paseo. Como conocia que el desfallecimiento de sus fuerzas no le dejaba ya sino un corto intervalo de vida, quiso consagrar todos los instantes á concluir la obra de sus expiaciones, y recogerse á la meditacion de la eternidad. Hijos míos, nos decia cuando nos presentábamos á él, Dios concede una muerte bien dulce á un hombre que merecia todos los castigos de su eterna justicia. ¡Ah! no lloreis por mí, pues mi corazon está sumergido en alegría; llorad, sí, por la desgracia de los que mueren sin haber conocido la belleza y excelencia de la religion. Pesad bien estas sublimes palabras de nuestro amado y comun Maestro: *El que vive y cree en mí no morirá jamas*: ¡Oh tierno y adorable libertador de todos los hombres! yo siento en el fondo de mi corazon estas hechiceras palabras, y que á medida que me aproximó al último instante de mis suspiros, toda mi existencia no hace mas que inclinarse hácia los brazos abiertos de mi Padre inmortal, yendo á descansar en la perpetuidad de su luz. Todas mis potencias responden trasportadas á este divino lenguaje de los antiguos oráculos del Señor: He aquí que tu Dios va á hacerte entrar en un profundo reposo; va á penetrar tu alma de todos sus resplandores, y un día librárá tus huesos de sus oscuras prisiones, para hacerlos brillar con el esplendor de su gloria. ¡Qué palabras, hijos míos! ¡Cómo no muere el hombre de admiracion y alegría al meditarlas! Ellas forman el cántico que la religion entonará dentro de pocos días sobre mi frío pero inmortal cadáver, cuando le deposite en medio del templo. Acordaos entonces, hijos míos, de las puras delicias que vuestro padre gustaba al repasarlas en su espíritu, y sea siempre vuestra fé mas grande que vuestra pena. Temed á Dios, hijos míos, estudiad bien su

religion, amad á los hombres, compadeced á los malvados, sed buenos é indulgentes para con todos, acariciad á los pobres, y no olvideis jamas que vuestro padre no fué feliz, sino por medio de la virtud."

"Recibió los últimos consuelos de la Iglesia trasportado en una especie de enagenacion y deliquios que me es imposible describir. Apoderóse de él inmediatamente un profundo sopor. Despues de haber permanecido inmóvil por espacio de una hora en esta especie de letargo, ví que abria los ojos. Acerqueme á él con una bebida que estaba dispuesta para el momento en que volviere en sí. Hijo mio, me dijo, ya de nada tengo necesidad sino de Dios. . . . Espiró arrimando su boca á un crucifijo que habia tenido siempre entre sus manos."

CAPITULO XI.

USO DE LAS RELACIONES E INSTRUCCIONES CONTENIDAS EN LOS ANTERIORES.

Volvamos ahora á tí, mi amado Aristo (1), pues por tu utilidad é instruccion he recogido y reunido en un cuerpo de doctrina, las diversas circunstancias de la vida de Filemon, y todo cuanto él ha dejado de sólido y edificante en estas memorias religiosas, que han sido las delicias de sus últimos años, cuyo precioso depósito ha venido á parar en mis manos.

¡Oh Aristo! Dios te ha dado un corazon amante de la verdad; y con un espíritu tan justo, tan penetrante y tan noble como el tuyo, debes despreciar todas las miserables tergiversaciones con que se escuda la mala fé, para evitar la confesion de su convencimiento y de su derrota. Yo apelo á tu conciencia, y te hago juez del nom-

(1) Cap. II.

bre que debe darse al carácter, á los sentimientos y á los principios que componen el sistema de conducta que Filemon ha seguido en los últimos años de su vida. A la verdad, si esto no es ser filósofo, con toda la fuerza y la extension de esta palabra, es preciso decir que la mas alta sabiduría, y la mas sólida felicidad, nada tienen de comun con la filosofía; y que el mas justo y el mas feliz de todos los hombres, es al mismo tiempo el mas inepto para buscar y conocer la verdad.

Yo, Aristo, conozco bastante el mundo en que vives, y el tiránico ascendiente de las costumbres en que te hallas metido, para prometerme que la lectura de las graves y austeras verdades que he presentado á tu vista, te muevan á adoptar el sério carácter de las costumbres evangélicas. Es cierto que Filemon estaba tan distante de entrar en el camino de la religion, como tú lo estás al presente; y que un momento antes de la revolucion que mudó repentinamente su alma, no respiraba sino la locura de las pasiones mas desenfrenadas; mas estos son unos golpes extraordinarios del cielo, con los cuales no se puede contar, y que proceden de aquel poder impenetrable que se complace en sorprendernos y asombrarnos alguna vez con milagros. En general, todos los hombres de tu índole y de tu edad, son demasiado superficiales é interesados en aturdirse, para dejarse penetrar de la luz y de la impresion de la verdad. Jamas resulta á la vista de estas imágenes vivas y magestuosas, que la religion expone á su vista, sino un confuso movimiento y un vago propósito de volver á ver un dia todas estas cosas. El corazon y la conciencia dicen para sí lo que Agripa decía á San Pablo: *Poco falta para que yo sea cristiano*, y pasan, como aquel, la vida en desvanecerse con la ilusion de sus pasiones, y en luchar contra su razon y contra la evidencia de sus obligaciones.

“Mas lo que yo he esperado, Aristo, aguardando que

Dios toque tu corazón, es que no añadirás mas á la desgracia de haber abandonado la virtud el crimen de hollar la verdad; y que aun habiendo cerrado tu corazón al amor de la sabiduría, serás bastante justo para confesarte á tí mismo que has hecho una cruel pérdida, y para tributar, por lo menos, el homenaje de tu respeto y admiracion á una religion, que si vuelves á hallar algun dia, serás muy feliz, consolándote en su seno del pesar de haberla profanado y deslucido con el desarreglo de tus costumbres. ¿No basta que tu corazón esté corrompido? ¿Para qué empeñarte aun en hacer á tu espíritu cómplice del desorden de tu voluntad, y atreverte á sellar tu depravacion con todo el horror de una incredulidad con que jamas ha sido tentada un alma pura? ¿Es propio de un buen espíritu formar de sus perversas inclinaciones y de sus vicios los mas infames un sistema de razon y de filosofía? ¡Qué! Porque no sepas ser moderado, casto, ni urbano, ni sufrir la sujecion de algunas obligaciones, ¿ha de ser preciso maldecir de todo lo que hay en el cielo y sobre la tierra, atacar al Evangelio, blasfemar de Jesucristo, profesar el desprecio de la fé, y añadir á tu deplorable corrupcion el terrible lenguaje de la impiedad?”

Aristo, ¿no es bastante perder de una vez, sacrificar con la tranquilidad y las dulzuras de la inocencia, hasta la esperanza de arrepentirte un dia, y de morir adorando la virtud? ¡Qué ferocidad obligarse á la faz del público á desechar la religion hasta en el lecho de la muerte, y querer que el mundo tome tu último suspiro por la última expresion de tu renuncia á Jesucristo y á sus promesas! ¡Qué! ¿No sabrás ser desgraciado y débil, sin desertar de la fé de tus padres, y sin buscar en las tinieblas de una filosofía horrible y desesperada el asilo de tus disoluciones? ¿Por qué no has de salvar del naufragio en que has perdido la sabiduría y el respeto á la religion, la reputacion que es debida á los hombres de bien, y la es-

peranza siempre preciosa de llegar á ser justo y feliz? ¿A qué no querer dejar que subsista nada sano en tu alma, porque la sientes dañada en una de sus potencias? Y ¿qué furor es este de quererla degradar en un todo, y destruir hasta las últimas semillas de las inclinaciones virtuosas?

¿Sabes, Aristo, cuál es el carácter indecoroso que distingue al siglo en que vives de los que le han precedido? Pues es el de que en él solo es inseparable el vicio de la impiedad. Hubo un tiempo, y no muy distante del nuestro, en que el desarreglo de las costumbres sabia pasarse sin los recursos de la irreligion. Habia, como ahora, hombres voluptuosos desenfrenados, sin principios, incapaces de todo bien, mártires de la ambicion y del orgullo. Habia tambien genios superiores, profundos y célebres filósofos, hábiles historiadores, grandes poetas, y oradores dignos de los mas ilustres siglos de la Grecia y de Roma. Pero jamas la mezcla de luces y de corrupcion producía impíos. Si algun escritor perverso osaba alguna vez desacreditar las verdades religiosas, la nacion entera se asombraba de un tal atentado, y cada cual experimentaba el horror que inspira el inopinado encuentro de un monstruo semejante. No se conocia mas distincion que la de los buenos y los malos cristianos; y el abuso de todas las cosas no llegaba al extremo de poder formar la clase de los blasfemos. En todos los órdenes del estado habia libertinos y hombres justos, grandes filósofos y hombres sin cultura, bellos espíritus y malos escritores, ilustres académicos y talentos comunes; pero todos morian del mismo modo; es decir, confesando á Jesucristo, é implorando los auxilios con que la religion nos consuela en los últimos momentos de la vida. No se veia entonces cerrarse puerta alguna delante del pastor que se presentaba para bendecir el último suspiro del moribundo. Entonces todas las clases de hombres grandes, los

grandes príncipes, los grandes generales, los grandes magistrados, los grandes autores, todos vivian segun el método que su virtud ó su flaqueza les habia hecho adoptar; mas todos acababan el resto de sus dias adorando la religion, y refugiándose á los méritos del Redentor; y nadie decia que un hombre, muriendo así, desmentia su carácter de *grande hombre*. No se veia entonces á los malvados blasfemar sobre los cadalsos, desechar las exhortaciones, las súplicas y las lágrimas de los sacerdotes que hacian los mayores esfuerzos para moverlos y salvarlos; y ni aun se sospechaba que hubiese de llegar un dia en que se diese el título de *filósofo* á los que supiesen morir públicamente sin fé y sin esperanzas. ¿De qué proviene esta asombrosa diferencia entre dos siglos tan inmediatos? Un solo hombre (1) ha producido esta espantosa mutacion. Un hombre dotado de todos los talentos, pero consumido de la pasion por la gloria, ha abrazado la empresa de familiarizar á sus conciudadanos con la sediciosa idea de confundir el Evangelio con la despreciable masa de las preocupaciones y supersticiones populares, á fin de ser él solo la causa de la mas memorable y destructiva revolucion que ha podido suceder en el universo; esto es, de la extincion de todo sacerdocio y de toda monarquía. Este absurdo y feroz deseo, es el que hizo degenerar en él la fecundidad de su imaginacion amena, y la fuerza prodigiosa de su espíritu, que le habria hecho el mas útil, el mas admirable y querido de todos los hombres, en un poder universal y desastroso para fascinar y corromper á todas las naciones. He aquí el principio de todas las discordias, de todos los escándalos, y de todos los fenómenos filosóficos é impíos que inmortalizan la depravacion y el delirio del siglo diez y ocho.

(1) M. Voltaire.

Vuelvo á decírtelo, Aristo, respeta la religion mientras que la edad, la reflexion, el disgusto del mundo y la vergüenza de tí mismo, te vienen á ilustrar sobre la necesidad de envejecer en la práctica de la virtud que nos prescribe; resérvate el poder de volver á entrar libremente en su seno, y á abrazar un dia sus obligaciones, sin que la incredulidad pueda acusarte de débil, ó echarte en cara tu desercion. Aléjate siempre de los pabellones de la impiedad. El empeño que allí se toma es demasiado violento y brutal, y es una empresa superior á las fuerzas de un alma sincera y honesta el permanecer en él hasta el fin. Conforme vayas avanzando en edad, sentirás debilitarse tus pasiones, y que tu razon se desprende de las pueriles ilusiones que la ofuscan. Entonces conocerás la necesidad de ceñirte á unas costumbres mas racionales y sérias. Un cierto gusto de órden, de verdad y de decencia nacerá en tu corazon, y te llevará, por mas esfuerzos que hagas en contrario, á la sólida sabiduría del Evangelio. Si en el momento en que ya no seas dueño de tus remordimientos, y en que la belleza de la fé se manifieste á tu vista con todo su esplendor, te cuenta la opinion pública entre los espíritus filósofos, y el partido irreligioso espera verte morir insultando al cielo y á los hombres, ¿cómo podrás resistir á la vergüenza de haber de romper con él de un solo golpe y soportar sus irrisiones y desprecios? Porque toda la historia de los impios se reduce á que habiendo abandonado la religion por libertinage, perseveran en la impiedad por orgullo. Tal, que ha muerto, pocos años hace, en su iniquidad y en sus blasfemias en medio de la capital, y rodeado de todas las conquistas de su ingenio corruptor, habria caso muerto entre lágrimas y penitencia, si su última hora le hubiese hallado en el fondo de su casa de campo. ¡Oh Aristo! la incredulidad tiene un origen demasiado vil para que merezca el honor de que le sacrifiquemos irrevo-

cablemente nuestro reposo. Despojado de la virtud, no te queda mas recurso que el de tranquilizar tu conciencia y consolar tu razon: es decir, adorar al cristianismo, atropellando por entre todas las tinieblas de tus deplorables hábitos; conocer siempre que el estragamiento de tu corazon y de tus sentidos no puede alterar la necesidad de reconocer la verdad y la solidez del Evangelio; suspirar alguna vez, desde el profundo abismo de tu miseria, por el feliz destino de los cristianos fieles; y dejar á tu alma, nacida para reconocer y amar la excelencia de la doctrina de la fé, la libertad de quejarse á tí mismo de la crueldad con que ocasionas su pérdida y su desgracia: no abandonar las obligaciones públicas de la religion, frecuentar nuestros templos, abstenerte de todo discurso impío, y guardar en todo aquella circunspeccion y decencia que nos aseguran, hasta en nuestras mas extremadas flaquezas, de los derechos á la estimacion y amistad de los mas austeros hombres de bien.

En todos tiempos, ¡oh Aristo! ha ido la religion en busca de los moribundos que no han tenido que ofrecerle en tan terrible instante, mas que una vida toda pasada en el olvido de sus leyes y un solo ay de arrepentimiento. Mas la incredulidad de un alma nacida en su seno, y en quien ella ha impreso el sello de sus promesas, es una cosa tan extraña é inverosímil, que aun parece que ha temido hasta prever este horror, y que sus augustos ritos no contienen fórmula para la reconciliacion de los que hayan abjurado de Jesucristo. Así ora sobre cada moribundo: “Jesus, Señor nuestro, reconoced esta vuestra criatura, á quien habeis engendrado por el agua y el “Espíritu Santo, á quien habeis marcado con el sello de “vuestra cruz, y alimentado con la palabra de vuestra “verdad en el seno de vuestra Iglesia. Perdonadle los “desarreglos y las ignorancias de su juventud; olvidad “sus antiguas iniquidades, en que le ha precipitado el fu-

"ror de sus malos deseos: porque aunque ha pecado, no ha renegado de vos; sino que ha creído y esperado en vos, que sois su Dios y su Salvador." ¡Qué remordimientos para el impío que muere oyendo semejante lenguaje! ¡y cuán espantoso le será ver que no puede hacer servir para consuelo suyo un alivio y un motivo de esperanza que resta hasta á los mas perversos y abandonados!

CAPITULO XII.

CONCLUSION.

Mas antes bien, Aristo, no aguardes á la vejez ni á la muerte para recobrarte en la profesion de la bienaventurada esperanza; porque aquel que persevera en su desarreglo, prometiendo reconocerse algun dia, aprecia demasiado los falsos placeres del vicio para que su conciencia se halle sinceramente consolada con esta perspectiva tan dudosa y confusa; y es cosa bien triste no tener otro recurso que ofrecerle para sosegar sus temores y remordimientos. Solo tienes la certidumbre de morir; mas no la de envejecer. Todos los dias ves caer repentinamente á tu lado hombres que vivian fiados lo mismo que tú, que contaban con una larga edad, y que no habrian omitido el llamar en su auxilio á los ministros de la religion, si hubieran pasado por las lentas graduaciones de la vejez y las enfermedades. Fácil me seria aterrarte aquí con la descripcion de un gran número de sucesos espantosos; mas tú no eres obstinado ni perverso. Aun subsiste toda la fé entera en tu alma, á pesar del aire de incredulidad que te has empeñado en darte; pues éste no es mas que como un papel de comedia que te has propuesto representar, para alternar con las compañías que frecuentas; y lo único que te falta para volver á entrar en el cristianismo, es valor y resolucion. Asimismo se co-

noce que el lenguaje de la irreligion no te es natural, pues se divisa en él siempre no sé qué de tan contrahecho y forzado, que cualquiera al advertirlo, creará que solo pretendes complacer á aquellos con quienes te es preciso vivir, y que no sintiéndote apto para ser tan osado como ellos, te esfuerzas á aparentarlo por tener paz.

Así que, solo la debilidad de tu corazon es el sério obstáculo que se opone á la mudanza de tus costumbres. Crees que es un terrible empeño volver á entrar en el espíritu de la religion. La idea de convertirte, contrista todas las preocupaciones, y te presenta una imagen lúgubre y austera, á la cual no aciertas á acostumbrarte. Todo te parece tan frio, tan grave y tan monótono en las costumbres de los que viven religiosamente, que no puedes concebir que sea fácil sujetarse á esta severidad de principios, ni á todos los sacrificios que el Evangelio impone. No es mi designio, Aristo, combatir aquí un error tan injurioso á la dulzura de la fé y á la excelencia de los dones que ella atrae al hombre justo. Todo cuanto he escrito hasta aquí, no tiene otro objeto que desengañarte de esta funesta preocupacion; pero añadiré á tantas demostraciones de la injusticia de tus pretextos y de tus continuos efugios, una consideracion que te es bastante personal y que merece bien que la peses con la madurez de una razon franca y sincera.

No puedes ocultarte á tí mismo que tu género de vida te ha conducido á la total ruina de tu salud y de tus fuerzas, y que decaes todos los dias insensiblemente. En la estacion de la vida en que toda constitucion se aumenta y fortifica, llevas sobre tus marchitas y cárdenas megillas todas las señales de la vejez mas desfallecida, y eres ya mas semejante á los muertos, que si hubiera pasado por tí todo un siglo. ¡Ay! las pasiones que el hombre no sabe moderar, son las que le precipitan al sepulcro.

Pero bien presto te será mas incómodo tu estado. En-